

SOBRE COOPERACIÓN EN GENERAL

Y AGRÍCOLA EN PARTICULAR

Adelantándose a la publicación de las "Actas del Primer Congreso de la Cooperación" celebrado en Octubre del año pasado bajo los auspicios del Museo Social Argentino, el señor Domingo Borea, doctor en agronomía, publica un folleto con algunos apuntes sobre las resoluciones tomadas en aquella asamblea.

Siendo este señor uno de los miembros de la Comisión organizadora del Congreso, prestamos a su trabajo la mayor atención, sorprendiéndonos algunas manifestaciones que, no por su novedad, sino por sus contradicciones, necesitamos señalar.

Empieza el autor con una profesión de fe que por lo extemporánea tiene todo el aspecto de una excusa, según el adagio "Excusatio non petita, accusatio manifesta". El se cuenta — dice — entre los cooperativistas puros, independientes e imparciales, los cuales ven en la cooperación una institución esencialmente económica, liberal, independiente, que no debe absolutamente prestarse para asegurar mejor el triunfo de un programa religioso, social o político.

Caben dos observaciones a estas palabras.

En primer lugar, constatamos que, en su afán de independencia, el señor Borea llega hasta independizarse de las opiniones vertidas por todos los economistas y cooperativistas, desde Ricardo Owen y Holyoake hasta Gide y Hubert-Valleroux, desde Niccoli hasta Luzzatti, quienes todos, sin excepción, declaran que si la cooperación, como medio, persigue fines esencialmente económicos, no puede, como sistema, prescindir nunca de una sanción moral.

En este afán de aparecer independiente el señor Borea, olvida aquello que no puede sino haber leído alguna vez, a saber: que los nunca suficientemente alabados 28 "Probos Pioneers" de Rochdale, los verdaderos iniciadores prácticos de la cooperación, en sus célebres estatutos se propusieron además del abaratamiento de la vida, con las compras en común, su mejoramiento moral, su mayor instrucción. En realidad aquellos estatutos rezaban así: "Organizarse para el provecho económico y *mejoramiento social y doméstico*

de los socios... Organizar cuanto antes las fuerzas de producción, distribución, *educación* y gobierno de los socios... luego que convenga abrir en una de las casas de la sociedad *un hotel de templanza para fomentar la sobriedad*".

Véase cómo si los Probos Pioneers de Rochdale creyeron que la verdadera cooperación puede prescindir de un programa social y moral.

Y los próceres de la cooperación fueron tan acertados en darle aquel programa que lo que ellos perseguían en Noviembre de 1844, confirman en todas partes los hechos contemporáneos nuestros.

En Italia, (lo reconoce el mismo señor Borea), hay más de 2.000 cooperativas católicas; en Bohemia y Hungría, fueron las numerosísimas cooperativas cristianas, sobre todo, las agrarias, las que anulaban poco tiempo después de haberse instalado, los gobiernos sovietistas de Bela Kun y de Kurt Eisner. Y no pasaremos en revista cuanto ha ocurrido en el mismo sentido en todos los demás países, porque este artículo sería entonces más extenso que el folleto al cual contesta.

El Riachuelo mismo nos da en estos días, a pesar de sus aguas algo turbias, un desmentido muy claro para la cooperación independiente del señor Borea. A sus muelles está amarrado un barco, recién llegado de Italia, mostrándonos el primer ejemplo de cooperación marinera comunista, que sin sentido revolucionario se propone la eliminación por completo de las ganancias del capital que no trabaje.

En Buenos Aires tenemos en El Hogar Obrero una cooperativa urbana socialista, y en Rufino existe la primera cooperativa socialista agrícola del país; dentro de poco nacerá otra en Piemonte, al amparo de aquella Federación Agraria Argentina que hace pocos días prestó su completa adhesión a la Federación Obrera Regional Argentina, conocida como la más escueta organización anárquica del país.

Los hechos demuestran acabadamente cómo no hay, y casi diríamos, no puede haber cooperación "Independiente" de ideales y propósitos no estrictamente económicos.

No tiene mejor suerte el señor Borea cuando sale del terreno de las profesiones de fe para aventurarse sobre el más resbaladizo de las profecías. En la pág. 34 de los Apuntes, hablando de la cooperación y el crédito, dice el autor: "En las condiciones actuales de la economía rural argentina es una utopía querer aplicar a las

Cajas, Bancos u otras cooperativas agrícolas el principio de la responsabilidad solidaria e ilimitada de los socios, a estilo de las Cajas Reiffeisen y de las asociaciones de crédito Schultze Delitsch”.

Esta idea la desarrolla luego más ampliamente con estas palabras: “Las instituciones de esta índole (Cajas Rurales), son óptimas ideológicamente, pero no pueden adaptarse en nuestro país, porque a ello se oponen las diferencias étnicas y también la poca densidad de las poblaciones rurales y los métodos técnicos y económicos de nuestra agricultura extensiva y aleatoria”.

Por no ser nosotros doctores en agronomía, renunciamos a opinar sobre las relaciones que pueda haber entre el sistema de cultivos y la cooperación a responsabilidad solidaria e ilimitada.

Pero no podemos menos que poner otra vez el señor Borea en conflicto con los hechos.

En la página 45 del folleto, haciendo la reseña de las cooperativas agrícolas del país, se citan ocho Cajas Rurales existentes en la República, a saber: las de Chacabuco, Arribeños, Rawson, O’Higgins, Zavalla, Sampacho, Marcos Juárez, Goya (Corrientes).

El elenco es muy incompleto; pero aún así, nos basta y sobra para afirmar cómo no puede ser una utopía la Caja Rural en la República Argentina cuando se han podido fundar en ella unas cuantas en los puntos más distintos de la República, en zonas de cultivos muy diversos, prosperando todas en la medida de los medios que consiguieron para desarrollarse.

Y para que los hechos desmientan siempre más a la profecía del señor Borea, recordaremos cómo tampoco las diferencias étnicas y la mayor o menor densidad de la población, son óbice a la implantación de las Cajas Rurales, puesto que en todas ellas hay socios de las más distintas nacionalidades, propietarios chicos y medianos; arrendatarios de 16 y de 400 hectáreas; socios que viven en el pueblo mismo donde la Caja tiene su asiento y otros (son la mayoría) que viven a leguas y leguas.

¿No repara el señor Borea los inconvenientes gravísimos que existirían para toda obra progresista en el país, si fuera cierto el que no pueden implantarse Cajas Rurales en la República Argentina porque aquí viven hombres venidos de todos los puntos de la tierra?

¿Acaso los hechos no prueban diariamente que la República Argentina es un maravilloso crisol donde no solamente se funde la sangre de todos los pueblos para formar el nuevo “gran pueblo argentino”, sino también todas las energías de todas las razas, pa-

ra construir la masa de la nueva civilización que se aprovecha y enriquece con el aporte de todas las demás?

Si por diferencia de razas no pudieran existir las Cajas Rurales, tampoco podrían existir las cooperativas agrícolas de responsabilidad limitada, porque en ellas también hay socios de todas las nacionalidades, como ocurre en las Cajas Rurales cuyos "Libros de socios" nos documentan la más asombrosa y beneficiosa mezcla de nacionalidades; la comunión de fines económicos y morales que une a esos socios, hace de ellos una sola grande familia donde no tiene eco la voz de odio que en su tierra dividía a los pueblos que aquí fraternizan a la sombra de una bandera de paz, de trabajo y de bienestar.

Baste el ejemplo de la Caja Rural de Arribeños: su presidente es suizo, el vice argentino, el tesorero es austriaco, el secretario es irlandés, y entre los vocales hay italianos, españoles, franceses, como los hay entre los demás socios.

Abandonemos el terreno de las profecías y de las utopías vanas que no resisten a la elocuencia de los hechos.

Y a fuer de gente seria, apelemos a las palabras del folleto donde se reconoce que las Cajas Rurales son "ideológicamente óptimas".

Si lo son — y así lo reconocieron también el senador Francisco Uriburu, el Prof. Mabileau, el senador Dávila, el doctor Federico Valdés, el doctor Emilio Lamarea, el mismo doctor Nicolás Repetto, el Congreso Agrícola de Córdoba y hasta casi el mismo Congreso de la Cooperación del Museo Social Argentino, salvo ciertas oposiciones... — no vemos la razón para hostilizarlas, sino la necesidad de enderezar nuestro esfuerzo para conseguir su triunfo.

Que haya dificultades para su implantación no sería serio negarlo. De otra manera, en lugar de unas treinta Cajas Rurales, tendríamos centenares.

Pero la experiencia de la vida nos dice que las dificultades con que tropieza una cosa son tanto mayores cuanto mayor es su bondad intrínseca. Y nada más satisfactorio y noble como conseguir vencer los obstáculos opuestos al triunfo de lo bueno y de lo óptimo.

Las dificultades que se opusieron y se oponen todavía al triunfo de las Cajas Rurales, son muchas.

En primer término, la falta de crédito agrario, que en vano desde 1911, esperamos ver subsanado con la aprobación de alguno de los proyectos de crédito agrícola que se han venido sucediendo desde aquella fecha hasta el año pasado.

En segundo término la desconfianza de los colonos, quienes, escarmentados por los numerosos y dolorosos fracasos de otras cooperativas, confunden las Cajas Rurales con aquellas y las rehuyen por no tener nociones exactas del alcance y de las consecuencias de la responsabilidad solidaria e ilimitada.

En tercer término, la falta de propaganda, o mejor dicho, de ambiente, para esta clase de instituciones; propaganda que sólo fué sostenida por una institución particular sin medios suficientes para hacer llegar su voz a todos los ámbitos del país.

Si a estas tres principalísimas dificultades con que tropezó la difusión de las Cajas Rurales, se les agrega la porfiada oposición de los intermediarios de todos los matices que infestan el campo — (quienes muy pronto y de una manera muy clara se apercibieron de cuanto representaba la Caja Rural para la independencia económica y moral del colono, deshaciendo con la calumnia y la sospecha la saludable propaganda de los promotores de las Cajas Rurales) — y la mala situación que al colono crean los contratos a corto plazo y los subarrendamientos que hacen del colono nada más que un siervo del subarrendatario, quien es su dueño absoluto y muchas veces su verdugo y el causante principal de las huelgas agrarias; — si se tiene en cuenta todo esto, muy bien podrá darse cuenta toda persona sensata de cómo, si las Cajas Rurales no han prosperado mayormente, no es porque no se adapten a nuestro ambiente, sino porque siendo “ideológicamente óptimas”, les ha faltado hasta ahora todo.

Y a pesar de esto — y en gran parte gracias a la ayuda financiera que les prestó el Sindicato Argentino, — entre las Cajas Rurales fundadas hasta la fecha hay algunas, como las de Chacabuco, Sampacho, Bulnes, Rawson, Roldán, etc., cuyo giro de operaciones pasa de tres millones de pesos; con préstamos a sus socios que pasan de medio millón de pesos; con su galpón propio con desvío ferroviario para el depósito de los frutos de los socios, y para su venta colectiva; con sus campos directamente arrendados de los propietarios con exclusión de todo intermediario y con contratos de cinco y más años. Y si esto ha podido hacerse por el esfuerzo, la constancia y el sacrificio de unos cuantos convencidos “peoneers” de la cooperación agrícola a base de responsabilidad solidaria e ilimitada, entre los cuales peoneers ocupa el primer puesto el venerable doctor Emilio Lamarea, quien con esta obra ha querido sellar toda una vida de trabajo noble y de dedicación abnegada a los intereses de su patria — ¿cuál no podría ser la amplitud de esta obra si callaran

de una vez las voces de infundada oposición, y todos los que deseamos el bien del colono, su independencia y su impermeabilidad a las propagandas disolventes que encuentran en el malestar su principal alimento, nos uniéramos para promover de una manera decidida la propaganda de estas instituciones verdaderamente óptimas, no solo ideológicamente, sino también en el terreno de los hechos?

Abrigamos una duda.

Sospechamos que cuanto se dice para oponerse a la implantación de Cajas Rurales — (que hemos visto no resistió a la prueba de los hechos y sólo se basa sobre profecías despojadas de toda seriedad), — alimenta su raíz en algo que no se tiene el valor de decir clara y abiertamente.

Publicaciones anteriores del mismo autor de los "Apuntes" que ahora comentamos, y actitudes inequívocas suyas y de algunos otros en el mismo Congreso de la Cooperación, cuando se discutía el proyecto de ley general sobre Cooperativas, nos autorizan a expresar estas dudas.

¿No se combatirá a las Cajas Rurales por el color que tomaron en ciertas partes por las personas que intervinieron en su fundación?

No cabe dudar de que las Cajas Rurales, por sí, no sean otra cosa sino botellas que toman el color del líquido que se les pone dentro; en Alemania (su país originario), hay Cajas Rurales protestantes como las hay católicas; y lo mismo ocurre en Italia, donde las hay también católicas y neutras o liberales. De la misma manera las Cajas Rurales fundadas aquí desde el año 1911, pudieron aparecer católicas por el carácter y las creencias no ocultadas de las personas que en su fundación intervinieron.

Pero esto no puede ser motivo suficiente para que se las combata.

Si tuviésemos que rechazar a las Cajas Rurales "ideológicamente buenas" porque accidentalmente pueden tener un cierto color religioso o político, entonces tenemos que adoptar el mismo criterio toda vez que se trate de surtirnos en un almacén, en una tienda, en una botica.

Pero ¿a quién puede haberle ocurrido nunca preguntarle al tendero, al almacenero, al boticario, cuáles son sus creencias religiosas antes de comprarle los productos que ellos nos ofrecen y que nosotros necesitamos?

Esta opinión nuestra, que es la de todas las personas verdaderamente independientes y sensatas, tiene su apoyo también en un artículo publicado por *La Nación* el día 16 de Marzo de 1915, como comentario a los resultados conseguidos por una de las primeras Cajas Rurales fundadas por la Liga Social Argentina en la provincia de Santa Fe.

Decía entre otras cosas aquel artículo, lo siguiente: "...Contra viento y marea una sociedad argentina, la *Liga Social Argentina*, tomó a pecho hace cuatro años, realizar el apostolado de las Cajas Rurales, y uno de sus ensayos, que ocasiona estas líneas, parece dejar entrever halagüeñas perspectivas para estas instituciones tan útiles".

"Asociación católica, la Liga Social Argentina no se abstuvo, naturalmente, de imprimir un carácter confesional a sus creaciones, y, aun cuando ese carácter, removiéndolo una cuestión que felizmente no existe entre nosotros, puede provocar reparos a quienes desearíamos que relegando tanto como posible, al fuero individual, todo lo que pueda ser causa de división entre los habitantes de la república, no se entorpecería la marcha ascendente de unificación de los mil elementos divergentes del pueblo argentino, unificación orientada por un ideal exclusivamente único y fundado en un régimen de libertad; sin embargo, puede ser que, en el presente caso, dicho carácter haya contribuido en gran parte al buen resultado que comentamos."

"La unidad de creencias que los estatutos de las Cajas Rurales, dependientes de la Liga Social Argentina, exigen de los socios de las mismas Cajas, son una presunción de una unidad ética entre los mismos, y, como esta, según hemos visto, es condición indispensable de crédito, fundadas más sobre la buena fe que sobre los haberes de los socios, quizás no sea aventurado afirmar que tan sólo gracias a ese carácter confesional, orientado en la forma católica, como habría podido serlo en otra, protestante o israelita, verbi gratia, se hayan conseguido orillar las dificultades a que antes nos hemos referido, creadas por la falta de homogeneidad de nuestra población rural."

"La selección en el sentido religioso es sin duda, una forma eficaz de unificar elementos, y, como esa unificación, como la constitución de un nivel moral homogéneo, es lo primero que necesitan las Cajas Rurales, de ahí la presunción de que en el temperamento adoptado se encuentre el secreto del relativo éxito de las iniciativas de la Liga Social Argentina."

Después de estas palabras, que en el transcurso de los años no han perdido nada de su fuerza, y atendiendo al propósito que nos anima de allanar todas las dificultades para que triunfe lo mejor en bien de los tan atribulados y explotados agricultores, hacemos al señor Boreá la siguiente proposición: Siendo él ideológicamente favorable a las Cajas Rurales — y reconociendo que su implantación no es una utopía por cuanto hay de ellas un número que es poco menos la mitad de las cooperativas agrícolas de consumo que se vienen fundando en el país desde el año 1904 por una repartición del Ministerio de Agricultura y con crecidos gastos,—trate el señor Borea de hacer aquí lo que hizo en Italia el judío Wollemberg, fundando Cajas Rurales neutras o liberales, como más le guste.

Pero tolere en paz que otros sigan fundando otras, persiguiendo distintos ideales.

Este consejo se inspira en la tolerancia verdaderamente liberal.

En esta tierra, cristianos y judíos, protestantes y musulmanes, budhistas y shiffeistas, pueden establecer comercios, industrias, talleres, empresas, sociedades sin que nadie indague sus respectivas creencias religiosas; solamente se les exige el cumplimiento de las leyes del país, y *La Nación* no pretende, ni puede pretender que al ejercer el comercio, prescindan o abandonen en absoluto su respectivo credo religioso.

Este es el principio liberal, verdaderamente liberal, consagrado por la Constitución; y él condena las máximas estrechas y tiránicas de todos los sectarismos.

DR. JOSÉ SERRALUNGA-LANGHI.